

La posibilidad de una tarde. Marcos Vasconcellos

Estoy con Samuel en la cola del supermercado. Es una de esas tardes de siempre: mis gestos, los de mi hijo, los de los clientes y los de los empleados, parecen idénticos a otras veces. Samuel protesta en el carrito: le doy una torta de arroz. Se calma. Sonríe a alguien que está detrás de mí. Me vuelvo. Hay una adolescente que le mira con ternura. Cuando la descubro, se muestra vergonzosa. Y esa vergüenza es preciosa, enorme, no sabe ni que la tiene. No sé su edad: dieciséis, diecisiete, vete a saber. Lleva un pantalón chándal tipo pitillo de color gris con un número de rugby en un lateral, una camiseta negra con brillantitos y unas zapatillas Vans burdeos. Se le marca la goma de las bragas. Sin embargo, me gustan más sus tobillos sonrosados y unos calcetines mínimos de color verde manzana ácida, que apenas asoman. Espera en la cola con desgana. Resopla y cruza las piernas. Entonces, como si lo hiciera a cámara lenta, leo que sus labios dicen, refiriéndose a mi hijo, “qué mono”. “Qué mona tú”, pienso, y me siento tan ridículo al hacerlo que me da un escalofrío como si fuera una descarga. Es guapa; tiene una cara preciosa. Parece agitanada, como esas mujeres de los cuadros de Romero Torres. Tiene el pelo negro, largo y muy liso. No lleva maquillaje: como si hubiera salido de casa a para hacer un recado apresurado. Sus ojos negros son muy vivos; se clavan, hacen daño. Con una mano sujeta un móvil y con la otra agarra dos paquetes: uno de legumbres y otro bizcochos bañados de chocolate. Ambos productos son de la marca del supermercado. Desliza los dedos sobre la pantalla y sonrío haciéndose la interesante o la chula, no estoy seguro.

Nos miramos. Yo lo hago para tantearla. Y ella lo hace como si supiera que la miro con deseo, o que puede hacer conmigo lo que quiera, no sé. Aguanto hasta que no puedo más. Observo a mi hijo. Lloro porque se le ha caído la torta de arroz. Espero que se dé cuenta de que todavía le quedan migajas en su cuerpo y que las coja. Siento a la chica detrás: su respiración y su olor corporal, como a carbón dulce del día de Reyes. Pienso en todo lo que le diría si me atreviera. Incluso me imagino magreándome con ella a escondidas, en plan torpe y salvaje, en un portal de vecinos mientras el portero guarda el cubo de basura en el cuarto de contadores y los niños llegan a casa con sus meriendas y sus padres, como si fuera ganado que se conduce al establo. Incluso huelo el portal: humedad, bolsas de basura plástico, ambientador, sándwich, sudor, calcetín, kikos, chocolate, folletos y guiso en olla exprés. Entonces me llega un gustillo placentero, como un cosquilleo previo a una erección.

Mi hijo llora cada vez más y parece que me da igual. La rabia que siento no es por eso. Avanzamos en la cola. Es nuestro turno. Paso el código de la tarjeta descuento. No hay suerte. No quiero bolsa. Pago con tarjeta. No quiero copia. Guardo la compra. No aguanto más. Saco a mi hijo del carro y lo cojo en brazos. La chica vuelve a sonreír: mitad ternura, mitad desafío. Yo la miro apretando los dientes como si me hubieran matado rápido en un videojuego. Me fijo en su camiseta. Imagino qué redondez tendrán sus pechos y cómo serán sus pezones. Pienso en la variedad de su ropa interior y me pregunto qué llevará arriba y abajo: será a juego, dispar, buena, vulgar, infantil... Nos miramos como si fuera un juego serio mantener la mirada hasta que la cajera le pregunta algo sobre su compra. Y después, después viene todo solo: la luz de golpe al salir a la calle, el negro que vende La Farola, los perros atados, el gitano de los ajos, el ciego de los cupones, las cajeras fumadoras que hacen una pausa, los transeúntes por la acera y los pitidos de coches atrapados en doble fila. Dejo a mi hijo en el carrito. Protesta pero se le pasa rápido porque se entretiene con unas migas de torta que se ha encontrado. Está contento. Despeinado, sucio y mocososo, pero contento.

No la veo. Me calmo y también me enrabiato. No sé si volveré a verla, y menos si me atreveré a decirle algo. Sin embargo, me gustaría romper una tarde de las de siempre con esa posibilidad.